

Viaje de ida y vuelta

Todo está medido, controlado y clasificado. Ya no queda nada en la Tierra por ser descubierto. Sólo algunas sorpresas, raras, muy raras, aunque fácilmente tolerables para las variables cartesianas, y el Cielo, ese infinito impensable que es el objetivo de las grandes travesías de hoy, el único que resta. No hay héroes, héroes de hazañas épicas que como nuevos Ulises se enfrenten a los peligros de una Odisea por aguas extrañas y tierras incógnitas. No puede haberlos, porque ahora no existen aguas extrañas ni tierras incógnitas, se puede llegar a cualquier lugar, incluso ser turista -tampoco hay viajeros, aquellos que preferían conocer a reconocer- en el Polo.

O, quizá sí existan esas aguas y esas tierras, y estén más cerca de lo que se piensa, mucho más cerca, y algunos, pocos, se atrevan a explorarlas.

Suplemento

A.- ¡Oh, Aotourou!, qué feliz serás de volver a ver a tus padres, a tus hermanos y hermanas, a tus compatriotas, ¿qué les dirás de nosotros?

B.- Poco y no se lo creerán.

A.- Poco y ¿por qué?

B.- Porque ha entendido poco y en su lengua no encontrará los términos que correspondan a lo que ha entendido.

A.- ¿Y por qué no van a creerle?

B.- Porque comparando sus costumbres con las nuestras, preferirán tener a Aotourou por mentiroso que creernos tan locos a nosotros."

Denis Diderot, *Suplemento al viaje de Bougainville*

En 1779, en pleno período pre-revolucionario, Denis Diderot dio por acabado su Suplemento al viaje de Bougainville, una serie de diálogos entre dos franceses, A y B, que comentan un ficticio fragmento suprimido del relato del viaje alrededor del mundo que realizó una década antes el capitán y matemático, Louis Antoine de Bougainville: el discurso de un anciano tahitiano ante la partida de la expedición europea y las conversaciones entre el capellán del navío y Orou, uno de los pocos indígenas que hablaba todavía el español de los primeros conquistadores. De ese viaje, Bougainville se trajo a Aotourou, uno de los isleños que conoció en Tahití. Éste pronto se convirtió en la atracción de la sociedad parisina y vestido a la europea, con levita, pantalón y zapatos, fue paseado por bailes y recepciones. Tratado como un objeto más de colección, maravilla en sí mismo y, a la vez, testimonio de la aventura, pronto quiso volver a su tierra, la de sus padres. Bougainville, generoso, le organizó y le pagó el regreso. Ni A, ni B sospecharon que nunca llegó a su destino. Aotourou murió de viruela en el camino. Nunca pudo contar, narrar las locuras de las costumbres francesas. A y B sí intuyeron, sólo intuyeron -en ese siglo de la Luzes con muchas sombras, las de las mazmorras en las que se encerraba lo incontrolable, lo incomprensible, lo irracional-, que lo exótico cuando viaja, lo hace con billete de ida y vuelta -siempre se viaja esperando el retorno-, y que lo que es norma, normal no existe -lo único es relativo e incierto-, y quizás ellos también resultaban exóticos, piezas de otra colección, de su propia colección, al final, extranjeros de sí mismos, con más miedo al yo que al otro.

Ya no es necesario viajar, sólo pasear

Ya no es necesario viajar, sólo pasear, pasear con uno mismo, como Rousseau lo hacía en Ginebra, porque lo extraño está más cerca de lo que se piensa y pasa desapercibido. Hay que explorar otros mundos, no lejanos, sino próximos, y estudiarlos casi como un científico -un botánico o un zoólogo- en una expedición del siglo XVIII, como Banks en las travesías del Capitán Cook, tomando notas, dibujando apuntes, reconstruyendo, construyendo, inventando lo real, la propia realidad, para que uno y otros la conozcan. Laura Lache, como una aventurera flâneuse decimonónica que ha preferido el paseo al viaje y ser viajera antes que turista, se apropia del paisaje urbano. Lo parte, lo fragmenta y se lo lleva al taller para volver a componerlo, haciéndolo suyo, convirtiéndolo en una peculiar colección, en su museo imaginario de historia natural de la arquitectura, en parte de sí misma. Falsea, como un científico en un expedición del siglo XVIII, introduciendo nuevas texturas, casi reales podría decirse, y confundiendo lo macro con lo micro. Engaña, como Banks en las travesías del Capitán Cook, con una intencionada referencia a la escalas y las proporciones arquitectónicas, que se suponen universales, cuando, en verdad, usa su escala, sólo ella como medida, y lo sabe. Re-presentándola, demuestra que no existe una sola ciudad, una para todos, sino muchas, tantas como ciudadanos, como sujetos que la habitan: una ciudad subjetiva.

Viaje alrededor de mi cuarto o extranjero de uno mismo

Veinte años después de que Diderot terminara su suplemento, el joven aristócrata saboyano, Xavier de Maistre, es condenado a permanecer encerrado en su casa durante varias semanas a causa de un duelo. En ese tiempo, inquieto, incapaz de permanecer entre cuatro paredes, escribe uno de los más extraños libros de viaje conocidos, *Viaje alrededor de mi cuarto*, que fue seguido de *Expedición nocturna alrededor de mi cuarto*. Maistre, como A y B, como quizás el mismo Rousseau paseante en Ginebra, cae en la cuenta de que ya no es necesario viajar, salir de casa para realizar una exploración, para encontrar y traer lo exótico, para domesticarlo. Nunca lo ha sido, basta el propio dormitorio, basta uno mismo, al fin y al cabo, lo más extraño, lo más alejado. María Castelló Solbes, como Maistre, lo descubre, ya no es necesario viajar, y recorre su habitación, su propia habitación. Lo cotidiano se revela como lo más recóndito, el día a día como lo menos conocido, el yo como lo otro definitivo, lo único exótico. Busca los límites, esos donde se acumula el polvo, el olvido, el tiempo. Los objetos, como si del Brobdingnag de Gulliver se tratara, se gigantizan, se extrañan, se desconocen. Nada es lo que parece ser. Uno se descubre extranjero de sí mismo.

Sergio Rubira